

*Sarah Moore Fitzgerald*

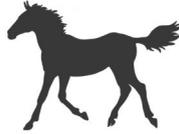
Una  
OPORTUNIDAD  
de ORO

*Traducción:*

SONIA FERNÁNDEZ ORDÁS

MAEVA  young

# 1



Ned Buckley y Martin Cassidy se incorporaron a nuestra clase hacia la mitad del segundo trimestre. Desde que llegaron, jamás se veía a uno sin el otro. Tenían los mismos andares, el mismo carácter reservado y la misma expresión taciturna en sus rostros. Por lo demás, no se parecían en nada. Martin tenía los ojos claros y pequeños. Era pelirrojo, de cara redonda y, cuando apretaba los puños, los nudillos se le ponían morados.

Ned tenía las manos muy morenas, igual que la cara. Sus ojos eran tan grandes y tan oscuros que parecía que los llevara pintados. Aunque, conociendo a Ned Buckley, aquello era muy poco probable. Recuerdo cómo, desde que llegaron, Laura no hacía más que darme codazos para que dejara de mirarlo embobada. Pero yo no podía apartar los ojos de él.

Nuestra profesora de Historia, Serena Serralunga, insistía en que deberíamos esforzarnos por conocerlos mejor,

pero no es nada fácil llegar a conocer a dos personas que no hablan, que no miran a nadie al entrar en clase y que se esfuman a cualquier hora del día sin motivo aparente. Antes de desaparecer para siempre, Martin Cassidy asistió a clase dieciocho días. Al poco tiempo, ya no era capaz de recordar nada de él, excepto el color rojo de su pelo y el morado de sus puños. No es que nos hubiéramos esforzado mucho, pero, seamos justos, tampoco él nos dio demasiadas oportunidades.

Serena Serralunga nos dijo que hay momentos en los que lo único que una persona necesita es alguien que le tienda una mano amiga, que le diga dónde está la máquina expendedora o que le dirija una palabra amable, y que esas pequeñas cosas a veces logran convencer a esa persona para que siga viniendo a clase cuando quizá esté pensando en dejar de hacerlo.

No recuerdo que nadie tan siquiera intentara hablar con Ned o con Martin los primeros días; ¿por qué íbamos a hacerlo, cuando todo el mundo prefiere hablar de los demás a sus espaldas? Así es el instituto de Ballyross, donde Brendan Kirby es el rey.



Nos enteramos de que Martin Cassidy había sufrido un accidente; Serena Serralunga nos dijo que se había caído de un caballo. Brendan Kirby se rio y dejó escapar uno de esos resoplidos que soltaba cuando se divertía con la mala suerte de otra persona. No se habría reído tanto si le hubiera pasado algo así a Dougie o a Laura, o incluso a mí,

aunque quizá sí. Brendan siempre había encontrado destornillantes las desgracias ajenas, pero a Ned Buckley y Martin Cassidy les tenía una manía especial.

Para ser sincera, todos les teníamos un poco de manía. Y los motivos eran algo complicados y difíciles de explicar.



Recuerdo la primera vez que oí la voz de Ned Buckley. Brendan estaba sentado en la última fila, con su grupito alrededor, como de costumbre.

–Sale a montar al otro lado del río con una pandilla de salvajes. Y se ha roto el coxis. ¿Alguien sabe lo que es? –Para su satisfacción, nadie lo sabía–. ¡El hueso del culo! ¡Ja! Y ahora se larga con el culo roto a otra parte. Su familia nunca se queda mucho tiempo en el mismo sitio, ¿sabéis?

Todos asintieron, como si Brendan fuera la mismísima fuente del saber.

Nadie se percató de que Ned Buckley estaba sentado en su pupitre, en el rincón opuesto. Se levantó despacio y cruzó la clase en dirección a Brendan.

Ned llevaba tanto tiempo sumido en un silencio permanente e inescrutable que ni aunque le hubieran crecido alas y hubiera echado a volar por encima de nuestras cabezas nos habría sorprendido tanto.

–No deberías hablar de lo que no entiendes.

Su voz sonó fuerte y decidida. Clavó sus ojos en los nuestros durante unos instantes y no pudimos por menos que quedarnos mirándolo boquiabiertos.

A continuación, Ned hizo lo que solía hacer cada día al terminar las clases: salir del aula sin mirar atrás.



Aún hoy recuerdo cómo nos afectaron sus palabras, cómo rompió su silencio y cómo con ello quería evitar que Brendan diera rienda suelta a su malicia sobre el tema de Martin Cassidy; cosa que, para ser sinceros, Brendan solía hacer sobre cualquier tema.

Después de aquel episodio, comenzaron a cambiar algunas cosas en clase. No fueron demasiado evidentes, pero sí significativas. Por ejemplo, desde entonces, Brendan siempre echaba una mirada alrededor antes de sentarse con su grupito a chismorrear.

## 2



Los árboles forman un túnel en el arranque de Nettlebog Lane. Es una carretera estrecha y sinuosa que conduce al río, con una franja verde e irregular de hierba que discurre por el medio como si fuera una línea continua.

Cuando llegas al final, te encuentras en la orilla donde el río es más ancho y parece que no se va a terminar nunca. Es como hacer algo en secreto, como si te acercaras al borde de algo arriesgado y clandestino. El río describe una curva grande y pronunciada; se llama El Codo del Gigante, y justo en el recodo crece un frondoso bosquecillo. Incluso en invierno, cuando Nettlebog parece el lugar más castigado por el viento y más inhóspito del mundo, esos árboles permanecen verdes, oscuros, fuertes y exuberantes.

Cada vez que te acercas hasta allí, sientes una sensación de libertad y euforia que te da ganas de gritar.



A la mayoría de los padres y adultos les encantan las actividades que nos obligan a salir al aire libre, pero para los padres del instituto Ballyross, Nettlebog es zona prohibida. Hay miles de motivos por los cuales se supone que nadie debe acercarse por allí.

Dicen que es por la fuerte corriente del río y porque no hay luces en ninguna de las dos orillas.

Por lo visto, los padres creen que te pueden pasar cosas malas si vas a Nettlebog. Existe la convicción de que, quien lo haga, resbalará, caerá al río y morirá ahogado.

Fue Laura quien me dijo que era verdad que alguien se había ahogado allí, pero Laura es un poco fantasiosa, así que no siempre se puede creer lo que dice. Si buscas en Google «Nettlebog, ahogamiento» o «Ahogamiento, Nettlebog», o incluso «Muerte, Nettlebog Lane», o cualquier combinación parecida, no hay ningún resultado, así que me imagino que será una de esas leyendas urbanas que mantienen a todo el mundo alejado del lugar.

Pero si prestas atención al agua y te das cuenta de lo profunda y oscura que es, y de cómo lame la orilla rocosa y que de pronto la rebosa y sube inesperadamente, la posibilidad de que alguien se ahogue no parece tan descabellada.

Te puedes ahogar en una charca. Y el río de Nettlebog es mucho más profundo.



Cuando era pequeña, me gustaba cuando papá y mamá decían: «Arminta, no debes ir nunca a Nettlebog».

Eran tiempos en que hacía lo que me mandaban y no me importaba que me llamaran Arminta. Obedecer me hacía sentir segura.

Pero han cambiado muchas cosas. Para empezar, ahora todo el mundo me llama Minty. En segundo lugar, siento que es un rollo tener unos padres que estén diciéndome constantemente lo que tengo que hacer. Y vale, sí, lo entiendo, a nuestros padres no les hace gracia que vayamos al lugar donde posiblemente alguien murió ahogado. Va contra su instinto. Pero yo había empezado a darme cuenta de que los padres no pueden decidirlo todo. Había cosas sobre las que tenía que tomar mis propias decisiones. Además, estaba esa fuerza de atracción de Nettlebog que terminaba por arrastrarme hasta allí. Como a veces ocurre con la música, o con un color. Además, tenía esa mezcla mágica de olores, única e indescriptible, a hierbas, frutos secos, madera y turba. Me gustaba inhalar esos aromas, que impregnaban mi mente y me hacían sentir tranquila y segura, pero, al mismo tiempo, también algo inquieta, como pasa con los lugares misteriosos.

Yo fui la primera en bajar a Nettlebog. O, mejor dicho, eso creía.

Resulta que prácticamente todos los que van allí creen que han sido los primeros en hacerlo. Y tampoco soy la única que experimenta esas sensaciones. Dougie me dijo que antes él también creía que era la única persona que conocía Nettlebog.

–Igual que yo –dijo Laura cuando se lo contamos.

Y nos prometimos que en lo sucesivo no volveríamos a acercarnos por allí a menos que fuéramos los tres

juntos. Era una especie de pacto, aunque no sé muy bien por qué.

Por entonces aún había muchas cosas de Nettlebog que desconocíamos. Por ejemplo, no sabíamos que había una caravana escondida tras el círculo de árboles apiñados, y no sabíamos que en esa caravana vivían dos personas, ni sabíamos que una de ellas era Ned Buckley.

### 3



**S**eguramente habríamos tardado mucho más tiempo en descubrirlo si no hubiera sido por la hoguera y el cobertizo. Había también dos caballos, y ambos eran de Ned. Y no eran salvajes ni peligrosos como decían por ahí. Uno tenía el pelaje negro y marrón, el otro gris muy pálido. Los dos eran increíblemente hermosos. Ned había construido el cobertizo para los caballos. Oímos los golpes y los martillazos durante varios días.

Los árboles parecían más frondosos y tupidos, como si de alguna manera crecieran más deprisa de lo normal. Envolvían la caravana como una fortaleza, justo al borde del agua.

Una noche, ya muy tarde, bien pasada la hora en la que se suponía que tenía que estar durmiendo, noté que se filtraba un olor a humo y oí los pequeños estallidos y el chisporroteo de una hoguera. Me levanté y fui a sentarme junto a la ventana abierta. Unas sombras extrañas se proyectaban y titilaban en mi habitación.

«¡NETTLEBOG ESTÁ ARDIENDO!», decía el mensaje que me acababa de mandar Dougie.

Su hermana pequeña había entrado corriendo en su cuarto y lo había despertado, convencida de que había un dragón bailando en el medio del río, me dijo.

Pensé en llamar a los bomberos, pero, a pesar del resplandor y de su espectacularidad, Dougie y yo coincidimos en que el fuego parecía estar controlado. Al final no hicimos nada más que observarlo en la oscuridad.

Cuando por fin regresé a la cama, se había atenuado hasta convertirse en una mancha pálida anaranjada en medio de las tinieblas.

Dougie, Laura y yo bajamos al día siguiente después de clase. Había una caravana oxidada y llena de abolladuras que jamás habíamos visto, y en un roble enorme alguien había atado una cuerda de la que colgaba un neumático que se inclinaba sobre el río.

Eso era lo que tenía Nettlebog: que era completamente distinto a todo lo que formaba parte de nuestras vidas. Ballyross Grove, donde vivíamos, estaba justo al lado, pero no tenía árboles tan altos ni espacios lo bastante amplios como para colgar un columpio como aquel.

Ballyross Grove es una calle sin salida. Las casas forman una curva y están apretujadas unas junto a otras. Da lo mismo en que acera estés, las casas de enfrente parecen rostros apiñados con puertas como bocas rectangulares y ventanas como ojos cuadrados. Todo cuidado y seguro, pulcro y en orden.

Sentimos curiosidad, y también interés y fascinación, por el resplandor de Nettlebog y los sonidos procedentes

de aquella zona; pero, aunque no lo reconocieramos, creo que al mismo tiempo nos sentimos algo molestos. Nettlebog había sido nuestro lugar de encuentro. Era nuestro secreto. Y ahora nos dábamos cuenta de que Ned estaba allí para hacerlo resplandecer en medio de la oscuridad, colgar columpios de los árboles y comportarse como si fuera el dueño del lugar.



Después de aquello, Dougie se asomaba a menudo a la ventana para observar Nettlebog. Una vez vio a Ned columpiándose en el neumático negro.

–Estaba columpiándose de un lado a otro sobre el agua. Y vociferando.

–¿Vociferando, qué? –pregunté.

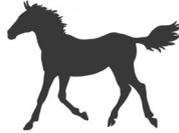
–Ni idea –contestó Dougie–. Decía algo a gritos.

Así que Ned Buckley era nuestro vecino. Vivía en medio del misterio de Nettlebog.

Imaginé cómo sería ser amiga –pero amiga de verdad, de las buenas– de Ned Buckley. La idea arraigó en mi interior como algo muypreciado.

Sin embargo, según Brendan, Ned no era de los que hacen amigos, y todo el mundo le tenía algo de miedo. Por lo visto, Ned Buckley no valía la pena.

## 4



**N**ed fue el motivo por el que tuvieron que poner un marcapasos al señor Doyle.

El señor Doyle estaba sentado en su coche hablando por teléfono cuando Ned se acercó al galope a lomos de uno de sus caballos, directo hacia él. Yo lo vi mientras aparcaba la bicicleta. El señor Doyle volvió la cabeza, abrió los ojos como platos y levantó las cejas hasta la mitad de la frente.

Debe de ser impactante ver a alguien avanzar a galope tendido justo en dirección a tu coche, aunque no estés sentado en el asiento del conductor. Todavía me acuerdo de la expresión del rostro estupefacto del señor Doyle mientras Ned se le acercaba.

–¡Paren a ese chico! –gritó el señor Carmody, nuestro director, que corría y agitaba los brazos como un personaje de dibujos animados mientras Ned emprendía otra vez su carrera. Sin embargo, no hubo manera de parar

a Ned. Cuando montaba, tenía sus propias reglas. Nadie podía detenerlo.

Así que el señor Carmody echó a correr en dirección al señor Doyle, que se había quedado petrificado en el coche, con las manos aferradas al volante como si estuvieran sujetas con pegamento.



—Desde luego, después de esto Ned Buckley va a tener un problema serio —dijo el señor Carmody con voz sombría al entrar en nuestra clase.

—A ver si hay suerte —susurró Brendan, cuyo padre tenía la teoría de que Ned era un inadaptado que no respetaba nada ni a nadie.



Después de aquello, soñé varias veces con Ned, y en mis sueños siempre iba sobre su caballo, galopando a cámara lenta, tal como lo había visto, como lo había visto todo el mundo, y me miraba con sus ojos oscuros al pasar, mientras el señor Doyle no podía apartar la vista de él desde su coche y los demás observaban la escena pálidos y estupefactos.

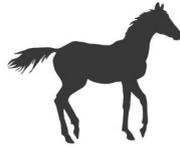


De pronto, el señor Carmody pareció muy interesado en hacernos ver que el señor Doyle llevaba años con un problema

en el corazón que no se había manifestado y que su hospitalización no tenía nada que ver con el incidente con Ned. Y también que era peligroso insinuar lo contrario, porque ello concedería a Ned un poder que, en su opinión, no merecía. Los profesores tienen una reputación que proteger. Dougie concluyó que el señor Doyle no quería que nadie lo tomara por un blandengue.

Y, además, según la mayoría de nuestros profesores, se supone que no se debe dar poder a los chicos salvajes que van a caballo. Lo único que se consigue es darles alas.

## 5



Serena se posicionó del lado de Ned Buckley desde el principio, lo cual fue una suerte para él, porque, aunque fingieran lo contrario, ningún otro profesor estaba de su parte. Había muchos motivos que hacían a Serena distinta de los demás.

Cuando en una ocasión le preguntamos qué hacía en Irlanda, nos dijo que había venido por amor; lo cual, aseguró, era un motivo habitual por el que un montón de gente va a muy distintos sitios.

Procedía de una ciudad del norte de Italia donde siempre brillaba el sol. Nos preguntábamos cómo sería capaz de soportar la melancolía de la lluviosa Ballyross. Los demás profesores llevaban jerseys llenos de bolitas, bufandas finas y grisáceas y zapatos muy serios. Ella vestía trajes impecables de cachemir que le enviaba un sastre toscano. De vez en cuando, algunos profesores hacían comentarios sobre ella: que no tenían ni idea de cómo

no le salían juanetes con los tacones que llevaba o que de dónde sacaba el tiempo para arreglarse el pelo cada mañana. A excepción de un mechón plateado en el medio, Serena tenía el pelo negro y brillante. Su voz sonaba a silbido y chisporroteo, como los fuegos artificiales. Tenía un viejo coche rojo italiano que rugía como un secador.

Decía que su trabajo no consistía en hacerse querer. Su trabajo era dar clase, y eso no es un concurso de popularidad. Daba por sentado que todo el mundo tenía que trabajar duro. No había excusas, decía, para no dar lo mejor de uno mismo.

Podía hablar sobre los primeros pobladores de Irlanda, el levantamiento contra los ingleses de 1916 o la toma de posesión de Mary Robinson, la única mujer que había llegado a la presidencia de nuestro país, y nunca resultaba tediosa ni aburrida.

Nos pidió que la llamáramos por su nombre de pila. Nos contó que pertenecía a una ilustre familia de la aristocracia.



Cuando se trata de la opinión que quieres que los demás tengan de ti, nos dijo una vez, nada es más importante que *la bella figura*, que no consiste tanto en estar guapa como en la manera de entrar en una sala.

Cuando Serena entraba en clase, todo resplandecía durante un instante: las puntas de los lápices, las hebillas de las mochilas, incluso las horquillas, normalmente

marrones y sosas, del pelo de Orla Mulvey. Serena dejaba su montón de libros y cuadernos encima de la mesa con ademán resuelto y profesional.

–Chicos, estáis haciendo un poco el vago –nos dijo un día al cruzarnos con ella en el pasillo–. Va a haber un examen relámpago dentro de poco. Deberíais aprovechar este tiempo para estudiar.

Cuando decía «examen relámpago» en realidad se refería a un «control sorpresa», pero ella tenía su propia manera de llamar a las cosas.

–Perdón, Serena –respondimos a la vez, y salimos disparados en todas direcciones como si tuviéramos algo urgente que hacer.



Era Serena quien creía que no debíamos escuchar a Brendan ni a nadie que hablara de la reputación de los demás. Afirmaba que todo el mundo debía forjar su propia opinión, y Laura, Dougie y yo nos mostramos de acuerdo con ella.

–Deberíamos intentar hacernos amigos de Ned –dijo Laura.

–¿Y qué os hace pensar que tiene el mínimo interés en ser amigo nuestro? –pregunté.

Estábamos sentados en los bancos del patio a la hora de comer. Hacía tanto frío que el aire era prácticamente blanco. El aliento de Dougie tomaba la forma de nubecillas de niebla y Laura tenía la nariz colorada.

–Está muy interesado en ti –dijo Laura con esa voz cantarina que usa cada vez que quiere hacerme rabiar.

–¡No es cierto! –dije, consciente de que me ardía la cara.

–Laura tiene razón, Minty –terció Dougie–. Puede que parezca que nunca se fija en nadie, pero siempre te está mirando.

–¡Cállate! –grité, y le di un suave empujón, solo para intimidarlo.

Dougie me devolvió el golpe con tanta fuerza que me caí por el otro extremo del banco.



Convencimos a Dougie de que él sería el más indicado para preguntarle a Ned si quería dar una vuelta con nosotros al salir de clase. La amabilidad de Dougie era legendaria. Nos pareció que sería el gancho perfecto.

Laura y yo nos quedamos remoloneando junto a las taquillas mientras se lo preguntaba.

–Gracias, pero no –fue la respuesta de Ned.

–No te preocupes, Ned, no pasa nada –contestó Dougie.

Y para hacerle ver que su negativa no nos había ofendido, Laura se adelantó y le tendió la mano. Tampoco funcionó. Ned la miró durante un breve instante sin decir nada. Luego se dio la vuelta y se alejó, dejando a Laura con la mano suspendida en el aire.



No era fácil hacerse amigo de Ned Buckley. Aparte de no hablar, tampoco asistía a clase todos los días y, cuando venía, todo el mundo se sentía más cómodo evitándolo. Los

profesores nunca le preguntaban, aunque a los demás no dudaban en interrogarnos a fondo sobre la formación de las rocas, los móviles en *Hamlet* o dónde se encontraba la clorofila. A menudo me preguntaba dónde estaría Ned cuando no aparecía por el instituto, qué haría mientras los demás estábamos encerrados en clase, preparándonos para exámenes relámpago. Me lo imaginaba junto a sus caballos y concluía que eran el motivo por el cual faltaba.

Nunca me habían dejado acercarme a los caballos, aunque me encantaban. Ni siquiera me habían permitido acariciar a ninguno en mi vida. Mamá les tiene alergia y se hincha como un globo con solo mirarlos. Así que Ned me daba bastante envidia. Pero no solo por los caballos; tenía más que ver con la libertad que disfrutaba, el no sentir la presión de tener que mostrarse amable o hablar cuando no le apetecía, o sonreír cuando no tenía ganas.

Yo, por el contrario, tenía que hacer un montón de cosas que no quería hacer. Mamá siempre me decía que me mostrara alegre y yo siempre lo procuraba, aunque no me apeteciera lo más mínimo.

En todas partes, la gente que me rodeaba se pasaba la vida fingiendo sentir cosas que en realidad no sentía. Ned era distinto. Quizá no hablara mucho, pero daba la impresión de ser siempre sincero y honesto, y de que nunca fingía ser alguien que no era, ni sentir algo que no sentía, ni decía nada que no quisiera decir. Ojalá yo fuera capaz de parecerme un poco a él.



Quizá os habréis imaginado que capté el mensaje y me mantuve al margen, pero quería creer que Laura y Dougie tenían razón. Quizá Ned sí me miraba. Quizá existiera una oportunidad de poder entablar relación con él.

Supongo que fue esa esperanza la que me impulsó a bajar sola a Nettlebog. Sé que había prometido a Dougie y a Laura que no iría sin ellos, pero había cosas que no podían entender. Y aunque me sentí algo culpable por ir sin su compañía, necesitaba volver a aquel lugar.

Cuando estaba seco, me tendía sobre el suelo cubierto de musgo, mullido como un colchón. Si llovía, podía cobijarme entre los matorrales oscuros y no me caía ni una gota. Por la noche tenía un brillo que parecía irreal, casi como si estuviera en otro planeta, o en un sueño. Cuando brillaba el sol, los rayos se filtraban entre las ramas como si pudieras tocarlos. Y, en todo momento, allí estaba el río oscuro con su suave murmullo, a veces con tanto caudal que no se sabía dónde empezaba el agua y dónde terminaba la orilla, y otras veces con tan poco que se veían raíces retorcidas y los manillares y las ruedas de una bicicleta rota que se había fosilizado y fundido con el cieno como un tesoro oculto. Desprendía de entre el lodo piedrecitas de colores brillantes y me las metía en el bolsillo para observarlas más tarde, cuando me encontrara lejos de Nettlebog y tuviera que estar pensando en otras cosas.

Seguí yendo con Dougie y Laura, pero no les dije nada de mis visitas secretas. Había sido idea de Laura llevar unos trapos cada vez que bajábamos a Nettlebog para borrar las huellas, el barro y el lodo de las ruedas, antes de llegar a casa. Los padres se ponen como fieras si llegan con

las ruedas sucias. Dicen cosas como: «Has vuelto a bajar por ese camino, ¿no?», y terminas diciendo cosas como: «No estuve ni remotamente cerca de ese lugar», procurando que la voz suene escandalizada ante la mera insinuación.

Nettlebog nos obligaba a andar atentos, y nos fijábamos en muchas cosas. Por ejemplo, lo turbio y cenagoso que puede llegar a ser el lodo de Nettlebog, o cómo llegaban pequeñas olas a la orilla como ondas sedosas que teñían las piedras de colores de un tono más oscuro. O que había rocas escarpadas por todas partes con las que había que tener cuidado, y que en el terreno más elevado a menudo soplabla una brisa entre los arbustos que los hacía estremecerse como si fueran animales nerviosos y escurridizos que se hubieran escondido allí.

Además del bosquecillo de árboles verdes y frondosos que se apiñaban en la orilla, los demás árboles crecían retorcidos y cimbreados, con ramas como dedos arqueados que parecían querer arañar el cielo.

A menudo el río bajaba turbulento, y por las noches el agua era negra como la tinta. Densa como el aceite. Siluetas fantasmales se asomaban y desaparecían tras los troncos y las ramas. Cada vez que bajaba hasta allí, parecía como si hubiera mil cosas que no había visto antes.

A veces el río era un espejo y otras veces una ventana. Podía estar tan tranquilo que casi parecía que se pudiera caminar sobre sus aguas. Y un instante después fluía sucio y encrespado, como la piel de un enorme reptil que respiraba y se movía. Había muchas cosas sobre el río que no podía saber y, cuando pienso en ello, podría decir lo

mismo de Ned. Él era parte de aquel lugar, dormía y se despertaba en el reflejo de toda aquella naturaleza asombrosa, brillante y extraña.

Cada vez que estaba allí sentía una confusa mezcla de paz e inquietud, emoción y miedo.

Era imposible mantenerse apartado de aquel lugar.



Papá era el que tenía un empeño especial en que no fuera a Nettlebog.

Pero se fue de casa el 19 de marzo, día en que para mí perdió todo derecho a decirme lo que podía y no podía hacer, y adónde podía o no podía ir.

El 19 de marzo era el día siguiente a mi cumpleaños. Si aquel era el motivo por el que había esperado para marcharse, la verdad es que no tenía por qué haberse molestado. Pasó la mayor parte del tiempo metiendo cosas en maletas y evitando estar en la misma habitación que mamá. Y cuando ahora vuelvo a pensar en ello, lo que se me viene a la cabeza es la escena de ambos entrando y saliendo a toda prisa de las distintas habitaciones de la casa como si estuvieran representando una obra de teatro mala.



Estaba empezando a convencerme de que si pudiera conocer un poco mejor a Ned, habría otras muchas cosas que también entendería. Me aferraba a los recuerdos de las

pocas veces que había oído su voz, pausada y segura, y lo firme y orgulloso que se había mostrado al dirigirse a Brendan en clase. Y con qué desprecio había rechazado nuestra mano amiga, y lo salvaje y, en cierto modo, atractivo que se le veía galopando sobre el caballo de pelaje marrón rojizo como una castaña, las crines negras y los pies y manos blancos.

Lo cierto era que no podía quitarme a Ned de la cabeza. El chico que vivía en una caravana. El chico que tenía dos caballos, que encendía hogueras a medianoche y que se columpiaba sobre el río vociferando palabras indecifrables. El chico del que todo el mundo decía que no valía la pena.